

ERIK LARSON



EN
EL
JARDÍN
DE
LAS
BESTIAS

UNA HISTORIA DE AMOR Y TERROR
EN EL BERLÍN NAZI

Ariel

Erik Larson

En el jardín de las bestias

Una historia de amor y terror
en el Berlín nazi

Traducción de Ana Herrera Ferrer

Ariel

Título original: *In the Garden of Beasts. Love, Terror,
and an American Family in Hitler's Berlin*

Primera edición: enero de 2012

Primera edición en esta presentación: junio de 2024

© Erik Larson, 2011

Esta edición está publicada por acuerdo con David Black Literary Agency a
través de International Editors' Co.

© Ana Herrera Ferrer, por la traducción, 2011

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3783-8

Depósito legal: B. 9.379-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Das Vorspiel</i>	XI
-------------------------------	----

1933

El hombre detrás de la cortina	XV
Primera parte	
En el bosque	1
Segunda parte	
En busca de casa en el Tercer Reich	51
Tercera parte	
Lucifer en el jardín	95
Cuarta parte	
Cómo duele el esqueleto	165

1934

Quinta parte	
Intranquilidad	223
Sexta parte	
Berlín en penumbra	283
Séptima parte	
Cuando todo cambió	325

Epílogo	
La extraña ave en el exilio.	387
Colofón	
«Charla de sobremesa»	397
<i>Fuentes y agradecimientos</i>	399
<i>Notas</i>	409
<i>Bibliografía</i>	461
<i>Créditos de las fotos</i>	476
<i>Índice temático</i>	477

Medios de escapar

La llamada telefónica¹ que cambió para siempre la vida de la familia Dodd, de Chicago, llegó al mediodía del jueves 8 de junio de 1933, mientras William E. Dodd estaba en su despacho en la Universidad de Chicago.

Dodd, jefe del Departamento de Historia en aquellos momentos, era profesor de la universidad desde 1909, reconocido nacionalmente por sus trabajos sobre Sudamérica y una biografía de Woodrow Wilson. Tenía sesenta y cuatro años, era esbelto, medía metro setenta de altura, tenía los ojos de un azul grisáceo y el pelo castaño claro. Aunque su cara en reposo tendía a transmitir severidad, de hecho tenía un sentido del humor vivaz, seco y que se disparaba con facilidad. Tenía esposa, Martha, conocida en general como Mattie, y dos hijos, ambos de veintitantos años. La hija, que también llevaba el nombre de Martha, tenía entonces veinticuatro años, y el hijo, William hijo (Bill), veintiocho.

Era una familia feliz y muy unida en todos los aspectos. No eran ricos, pero sí acomodados, a pesar de la depresión económica que sacudía la nación. Vivían en una casa grande en el número 5757 de la avenida Blackstone, en el barrio de Hyde Park en Chicago, a pocas manzanas de la universidad. Dodd también poseía (y atendía cada verano) una pequeña granja en Round Hill, Virginia, que según un peritaje del condado tenía 150 hectáreas de extensión «más o menos», y era allí donde Dodd, demócrata jeffersoniano de pro, se sentía más a gusto, entre sus veintiún novillos Guernsey, sus cuatro caballos castrados, *Bill*, *Coley*, *Mandy* y *Prince*, el tractor Farmall y sus arados Siracusa tirados por caballos.² Preparaba café en una

lata Maxwell House encima de la estufa de leña. Su mujer no era tan aficionada como él a aquel lugar, y se sentía muy feliz dejando que él pasara allí todo el tiempo que quisiera solo, mientras el resto de la familia se quedaba en Chicago. Dodd había bautizado la granja como «Stoneleigh», a causa de las rocas que sembraban toda su extensión, y hablaba de ella como otros hombres hablan de sus amantes. «Los frutos son tan bellos, casi impecables, rojos y cautivadores al mirarlos, los árboles curvándose aún bajo el peso de su carga», escribía una noche durante la cosecha de manzanas. «Todo esto me atrae muchísimo.»³

Aunque normalmente no era dado al tópico, Dodd describió aquella llamada telefónica como «una sorpresa caída del cielo».⁴ Pero era una exageración. Durante los meses anteriores había comentado con sus amigos que esa llamada podía llegar un día. Fue en concreto la naturaleza de la llamada lo que sorprendió y alteró a Dodd.

Desde hacía un cierto tiempo, Dodd no estaba a gusto en su cargo en la universidad. Aunque le encantaba enseñar historia, aún le gustaba más escribir, y llevaba años trabajando en lo que esperaba que sería el relato definitivo de la historia sureña, una serie de cuatro volúmenes que él había titulado *Auge y caída del Viejo Sur*, pero una y otra vez veía frenado su progreso por las exigencias rutinarias de su trabajo. Sólo el primer volumen estaba cerca de su final, y se encontraba en una edad en la que temía acabar enterrado junto con el resto sin concluir. Había negociado un horario reducido con su departamento, pero como suele ocurrir con estos arreglos artificiales, no funcionaba tal y como él había esperado. La falta de personal y las presiones financieras dentro de la universidad debidas a la Depresión hacían que tuviese que trabajar más que nunca, tratar con funcionarios de la universidad, preparar conferencias y enfrentarse a las absorbentes necesidades de los estudiantes de posgrado. En una carta al Departamento de Mantenimiento de la universidad fechada el 31 de octubre de 1932 rogaba que encendieran la calefacción⁵ en su despacho los domingos, para poder tener al

menos un día entero dedicado a escribir ininterrumpidamente. A un amigo le describió su situación como «molesta».⁶

Además, para más insatisfacción, creía que debía haber avanzado más en su carrera. Lo que le impedía avanzar a un ritmo más rápido, se quejaba a su mujer, era el hecho de no haberse criado en un entorno privilegiado, y por el contrario, haberse visto obligado a trabajar duro para tener todo lo que había conseguido, a diferencia de otros en su campo, que habían progresado con mucha mayor rapidez. Y es verdad que había llegado a su posición en la vida por el camino más duro. Nacido el 21 de octubre de 1869, en el hogar de sus padres en la diminuta aldea de Clayton, Carolina del Norte, Dodd formaba parte del estrato inferior de la sociedad blanca sureña, que todavía se sometía a las convenciones de clase en la época de anteguerra. Su padre, John D. Dodd, era campesino de pura subsistencia, apenas alfabetizado. Su madre, Evelyn Creech, descendía de un linaje mucho más elevado de Carolina del Norte, y consideraba que se había casado con alguien inferior. La pareja cultivaba algodón en unos campos que les había regalado el padre de Evelyn, y que apenas les daban para vivir. En los años posteriores a la guerra de Secesión, como la producción de algodón se hundió y los precios se desplomaron, la familia fue endeudándose en la tienda de la ciudad, que pertenecía a un pariente de Evelyn que era uno de los tres hombres privilegiados de Clayton, «hombres duros», los llamaba Dodd: «... comerciantes y amos aristocráticos de sus familiares».⁷

Dodd tenía varios hermanos, y pasó toda su juventud trabajando en las tierras de la familia. Aunque consideraba que aquel trabajo era honrado, no quería pasar el resto de su vida cultivando la tierra, y sabía que la única manera de que un hombre de su humilde procedencia pudiera evitar ese destino era mediante la educación. Se abrió paso con tesón, a veces centrándose tanto en sus estudios que los demás estudiantes le apodaban «Dodd el Monje».⁸ En febrero de 1891 ingresó en la Facultad Agrícola y Mecánica de Virginia (más tarde Virginia Tech). Allí también se mostró muy sobrio y centrado. Otros alumnos hacían travesuras⁹ como pintar la vaca del rector de la facultad, o representar falsos duelos para convencer a los nova-

tos de que habían matado a sus adversarios. Dodd se limitaba a estudiar. Obtuvo el título de licenciado en 1895, y la maestría en 1897, cuando tenía veintisiete años.

Con el apoyo de un venerado miembro de la facultad y un préstamo de un amable tío abuelo, Dodd partió en 1897 hacia Alemania, a la Universidad de Leipzig, para iniciar sus estudios de doctorado. Se llevó la bicicleta. Decidió dedicar su tesis a Thomas Jefferson, a pesar de que evidentemente resultaría difícil conseguir documentos norteamericanos del siglo XVIII en Alemania. Dodd asistió a las clases necesarias y encontró archivos de material relevante en Londres y Berlín. También viajó mucho, a menudo con su bicicleta, y una y otra vez le sorprendió el ambiente militarista que dominaba Alemania. En un momento dado, uno de sus profesores favoritos inició una discusión sobre el tema: «¿Estaría indefenso Estados Unidos si lo invadiera un ejército alemán?». ¹⁰ Toda esa belicosidad prusiana inquietaba mucho a Dodd. Escribió: «Había demasiado espíritu bélico por todas partes». ¹¹

Dodd volvió a Carolina del Norte a finales del otoño de 1899, y tras meses de búsqueda, al final consiguió un puesto como instructor en la facultad Randolph-Macon de Ashland, Virginia. ¹² También reanudó entonces su amistad con una joven llamada Martha Johns, hija de un terrateniente acomodado que vivía junto a la ciudad natal de Dodd. La amistad floreció y se convirtió en romance, y en Nochebuena de 1901, se casaron.

En Randolph-Macon, Dodd se metió en líos enseguida. En 1902 publicó un artículo en *Nation* en el cual atacaba una campaña del Grand Camp de Veteranos Confederados para que Virginia prohibiese un texto histórico que los veteranos consideraban una afrenta al honor sureño. Dodd denunciaba la idea de los veteranos de que la única historia válida era aquella que sostenía que el Sur «tuvo toda la razón al segregarse de la Unión».

La reacción fue inmediata. Un importante abogado del movimiento de veteranos inició una campaña para que Dodd fuese despedido de Randolph-Macon. La facultad dio todo su apoyo a Dodd. Un año más tarde, Dodd volvió a atacar a los

veteranos, esta vez en un discurso ante la Sociedad Histórica Americana, en el cual condenaba sus esfuerzos por «eliminar de las escuelas todos los libros que no se ajustasen a su modelo de patriotismo local». Clamaba que «ningún hombre fuerte y honrado podría permanecer en silencio ante esto».

La estatura de Dodd como historiador fue en aumento, así como su familia. Tuvo un hijo en 1905, y una hija en 1908. Reconociendo que un aumento de salario podía ser útil, y que la presión de sus enemigos del Sur probablemente no cedería, Dodd presentó su candidatura para una vacante en la Universidad de Chicago. Consiguió el trabajo y en el frío enero de 1909, cuando tenía treinta y nueve años, él y su familia se mudaron a Chicago, donde seguiría durante el siguiente cuarto de siglo. En octubre de 1912,¹³ sintiendo el llamamiento de su herencia y con la necesidad de afirmar su credibilidad como auténtico demócrata jeffersoniano, se compró una granja. El extenuante trabajo que tanto le disgustaba de niño ahora se había convertido para él en una diversión relajante y un romántico regreso al pasado de Estados Unidos.

Dodd también descubrió un interés pertinaz por la vida política,¹⁴ que recibió un fuerte impulso en agosto de 1916 cuando acudió al Despacho Oval de la Casa Blanca para reunirse con el presidente Woodrow Wilson. El encuentro, según un biógrafo, «alteró profundamente su vida».

Dodd estaba cada vez más inquieto por las señales que indicaban que Estados Unidos se encaminaba a la intervención en la Primera Guerra Mundial, que entonces tenía lugar en Europa. Su experiencia en Leipzig no le había dejado duda alguna de que sólo Alemania era responsable de iniciar la guerra, para satisfacer los anhelos de los industriales y aristócratas alemanes, los Junkers, a quienes él comparaba con la aristocracia sureña anterior a la guerra de Secesión americana. Ahora veía surgir una *hubris* similar por parte de las propias élites industriales y militares norteamericanas. Cuando un general del ejército intentó incluir a la Universidad de Chicago en una campaña nacional para disponer a la nación para la guerra, Dodd se molestó y llevó su queja directamente al comandante en jefe.

Dodd sólo quería pasar diez minutos con Wilson, pero estuvo mucho más, y se encontró tan plenamente seducido como si hubiese recibido una ración de las pócimas mágicas de los cuentos de hadas. Llegó a creer que el presidente tenía razón al defender la intervención de Estados Unidos en la guerra. Para Dodd, Wilson se convirtió en la encarnación moderna de Jefferson. A lo largo de los siete años siguientes, ambos se hicieron amigos; Dodd escribió la biografía de Wilson y a su muerte, el 3 de febrero de 1924, le lloró con sentimiento.

Al final, acabó por ver a Franklin Roosevelt como un igual de Wilson, y se entregó totalmente a la campaña de Roosevelt de 1932, hablando y escribiendo a su favor en todas las oportunidades que tuvo. Si tenía esperanzas de convertirse en miembro del círculo más íntimo de Roosevelt, sin embargo, Dodd se decepcionó enseguida, viéndose confinado a los deberes cada vez más insatisfactorios del mundo académico.

Ahora tenía ya sesenta y cuatro años, y su forma de dejar alguna huella en el mundo sería su historia del *Viejo Sur*, que también, casualmente, era lo único que todas las fuerzas del universo parecían aliadas para entorpecer, incluyendo la política universitaria de no encender la calefacción en los edificios los domingos.

Cada vez pensaba más en dejar la universidad¹⁵ a cambio de algún cargo que le diera tiempo para escribir, «antes de que fuera demasiado tarde». Se le ocurrió la idea de que el trabajo ideal podía ser un cargo poco exigente dentro del Departamento de Estado, quizá como embajador en Bruselas o en La Haya. Creía tener la importancia suficiente como para que le tuvieran en cuenta para aquel destino, aunque tendía a verse a sí mismo como alguien mucho más influyente en los asuntos nacionales de lo que era en realidad. Había escrito a menudo para aconsejar a Roosevelt sobre asuntos económicos y políticos, tanto antes como inmediatamente después de la victoria de Roosevelt. Sin duda enfureció mucho a Dodd recibir una carta que afirmaba que aunque el presidente quería que se

contestase de inmediato a cualquier carta dirigida a su despacho, no podía responderlas todas él en persona en un plazo adecuado, y por tanto le pedía a su secretario que lo hiciese en su lugar.

Dodd, sin embargo, tenía buenos amigos muy cercanos a Roosevelt, incluido el nuevo secretario de Comercio, Daniel Roper. El hijo y la hija de Dodd eran para Roper como sobrino y sobrina, lo suficientemente cercanos para que Dodd no sintiese reparo alguno en enviar a su hijo como intermediario para preguntarle a Roper si la nueva administración consideraba adecuado nombrar a Dodd como ministro plenipotenciario en Bélgica o los Países Bajos. «Hay puestos en los que el gobierno debe tener a alguien,¹⁶ aunque el trabajo no sea duro», le dijo Dodd a su hijo. Le confió que principalmente le motivaba su necesidad de completar su *Viejo Sur*. «No deseo recibir ningún nombramiento de Roosevelt, pero no quiero verme frustrado en el objetivo a largo plazo de una vida».

En resumen: Dodd quería una sinecura, un trabajo que no fuese demasiado exigente y que le proporcionase un cierto estatus y el dinero suficiente para ganarse la vida, y, lo más importante, que le dejase mucho tiempo para escribir, esto a pesar de reconocer que servir como diplomático no era algo demasiado adecuado para su carácter. «Para la alta diplomacia (Londres, París, Berlín), yo no soy adecuado»,¹⁷ escribió a su mujer a principios de 1933. «Me preocupa mucho que tú también lo consideres así. Sencillamente, no soy astuto ni tengo dos caras, algo necesario para “mentir por el país en el extranjero”. Si fuera así, podría ir a Berlín y doblar la rodilla ante Hitler... y volver a aprender a hablar en alemán.» Pero, añadía, «¿por qué perder el tiempo escribiendo sobre ese asunto? ¿Quién querría vivir en Berlín durante los cuatro años próximos?».

Ya fuera por la conversación de su hijo con Roper o por la actuación de otras fuerzas, el nombre de Dodd pronto empezó a sonar. El 15 de marzo de 1933, durante una estancia en su granja de Virginia, fue a Washington a reunirse con el nuevo secretario de Estado de Roosevelt, Cordell Hull, con quien se había visto en varias ocasiones anteriores. Hull era alto, con el pelo plateado, la barbilla hendida y la mandíbula fuerte.¹⁸ Ex-

ternamente parecía la encarnación física de todo aquello que debería ser un secretario de Estado, pero todos aquellos que le conocían mejor habían comprendido que cuando se enfadaba tenía una propensión muy impropia de un estadista a dejar escapar una lluvia de improperios, y que sufría de ciertos impedimentos del habla que convertían sus «r» en «g», a la manera del personaje de dibujos animados Elmer Fudd. Un rasgo del que Roosevelt se mofaba privadamente de vez en cuando, como en una ocasión en que habló de los «tgatados comegegiales» de Hull. Hull, como de costumbre, llevaba cuatro o cinco lápices rojos en el bolsillo de su camisa, sus herramientas favoritas. Abordó la posibilidad de que Dodd recibiera un nombramiento para Holanda o Bélgica, exactamente lo que esperaba Dodd. Pero de repente, obligado a imaginar la realidad del día a día de lo que podía representar aquella vida, Dodd se echaba atrás. «Después de estudiar con detenimiento la situación», escribió en su pequeño diario de bolsillo, «le dije a Hull que no podía aceptar un cargo semejante».¹⁹

No obstante, su nombre seguía circulando.

Yaquel jueves de junio su teléfono empezó a sonar. Cuando se llevó el receptor al oído, oyó una voz que reconoció de inmediato.

Esa vacante de Berlín

Nadie quería aquel trabajo.¹ La que parecía una de las tareas menos complicadas a las que se enfrentaba Franklin D. Roosevelt como presidente recién elegido, en junio de 1933, se había convertido en una de las más duras. En lo referente a cargos diplomáticos, Berlín tenía que haber sido una bicoca. No era Londres o París, desde luego, pero aun así era una de las grandes capitales de Europa, y estaba justo en el centro de un país que estaba sufriendo unos cambios revolucionarios bajo el liderazgo de su recién investido canciller, Adolf Hitler. Dependiendo del punto de vista de cada uno, Alemania estaba experimentando un gran renacimiento o un oscurecimiento salvaje. Según ascendía Hitler, el país había sufrido un brutal espasmo de violencia estatal permitida. El ejército paramilitar de Hitler con sus camisas pardas, las Sturmabteilung o SA (Tropas de Asalto), campaban a sus anchas y arrestaban, golpeaban e incluso en ocasiones asesinaban a comunistas, socialistas y judíos. Las Tropas de Asalto establecían prisiones improvisadas y centros de tortura en sótanos, cobertizos y otras estructuras. Sólo en Berlín había cincuenta de los llamados «búncers». Decenas de miles de personas eran arrestadas y situadas en «custodia preventiva» (*Schutzhaft*), un eufemismo ridículo. Se estimaba que habían muerto de quinientos a setecientos prisioneros en custodia; otros sufrían «fingidos ahogamientos y ahorcamientos», según una denuncia policial. Una prisión junto al aeropuerto de Tempelhof se hizo especialmente famosa: la casa Columbia, que no hay que confundir con un edificio nuevo, moderno y elegante situado en el corazón de Berlín llamado casa Columbus. La agitación impulsó a

un líder judío, el rabino Stephen S. Wise de Nueva York, a decirle a un amigo: «se han traspasado las fronteras de la civilización».

Roosevelt hizo su primer intento de cubrir el puesto de Berlín el 9 de marzo de 1933, menos de una semana después de ser investido, y cuando la violencia en Alemania alcanzaba el cenit de su ferocidad. Se lo ofreció a James M. Cox, que en 1920 había sido candidato a la presidencia con Roosevelt como compañero.

En una carta repleta de halagos, Roosevelt le escribió: «No sólo por mi afecto por ti, sino también porque creo que estás especialmente dotado para este puesto clave, estoy deseando enviar tu nombre al Senado como embajador norteamericano en Alemania. Espero que aceptes después de hablarlo con tu encantadora esposa, que, por cierto, sería la esposa perfecta para el embajador. Envíame un telegrama diciéndome que sí».²

Pero Cox dijo que no:³ las exigencias de sus diversos intereses empresariales, incluyendo varios periódicos, le obligaban a declinar la oferta. No mencionaba la violencia que arrasaba Alemania.

Roosevelt dejó a un lado aquel asunto⁴ para ocuparse del empeoramiento de la crisis económica de la nación, la Gran Depresión, que aquella primavera había dejado a un tercio de la fuerza laboral no agrícola de la nación sin trabajo, y había recortado a la mitad el producto nacional bruto. No volvería a ocuparse del problema hasta al menos un mes después, cuando ofreció el cargo a Newton Baker, que había sido secretario de Guerra con Woodrow Wilson y ahora era socio de un bufete de abogados de Cleveland. Baker también lo rechazó. De modo que se lo ofreció a una tercera persona, Owen D. Young, importante hombre de negocios. A continuación Roosevelt probó con Edward J. Flynn, figura clave en el Partido Demócrata e importante partidario suyo. Flynn lo habló con su mujer «y estuvimos de acuerdo en que, debido a la edad de nuestros hijos pequeños, tal nombramiento era imposible».

Llegó un momento en que Roosevelt dijo en broma a un

miembro de la familia Warburg: «¿Sabes, Jimmy?⁵ A ese tipo, Hitler, le estaría bien empleado que le enviase a un judío como embajador mío en Berlín. ¿Quieres tú el trabajo?».

Y al llegar junio, el plazo apremiaba. Roosevelt estaba enfrascado en una lucha agotadora para que se aprobase la Ley Nacional de Reactivación Industrial, pieza central de su *New Deal*, frente a una ferviente oposición por parte de un núcleo duro de republicanos poderosos. A principios de mes, con el Congreso sólo a unos pocos días de sus vacaciones de verano, parecía que la ley se iba a aprobar, pero todavía la atacaban algunos republicanos e incluso demócratas, que lanzaban salvas de enmiendas y obligaban al Senado a unas sesiones maratónicas. Roosevelt temía que cuanto más durase la batalla, más probable era que la ley fallase o se viese gravemente debilitada, porque si se prolongaba la sesión del Congreso se arriesgaban a despertar la ira de los legisladores deseosos de irse de Washington para sus vacaciones de verano. Todo el mundo estaba malhumorado. Una ola de calor de finales de primavera había elevado las temperaturas hasta niveles sin precedentes en toda la nación, con el coste de más de cien vidas. Washington hervía y los hombres apestaban a sudor. Un titular a tres columnas de la primera página del *New York Times* decía: «ROOSEVELT RECORTA EL PROGRAMA PARA CERRAR LA SESIÓN; SUS POLÍTICAS, AMENAZADAS».⁶

Había un conflicto: se requería que el Congreso confirmase y subvencionase a los nuevos embajadores. Cuanto antes suspendiera sus sesiones el Congreso, mayor sería la presión sobre Roosevelt para que eligiese a un nuevo hombre para Berlín. Así que se vio obligado a considerar candidatos que estaban fuera de los límites habituales,⁷ incluyendo los rectores de tres universidades y un pacifista ardiente llamado Harry Emerson Fosdick, pastor baptista de la iglesia de Riverside, en Manhattan. Ninguna de esas personas parecía ideal, sin embargo; a ninguna de ellas se le ofreció el cargo.

El miércoles 7 de junio,⁸ con el cierre del Congreso sólo a unos días, Roosevelt se reunió con varios consejeros íntimos y mencionó su frustración por no haber sido capaz de encontrar aún un nuevo embajador. Uno de los que asistían a la reunión

era el secretario de Comercio Roper, a quien Roosevelt de vez en cuando se refería como el «tío Dan».

Roper pensó un momento y sacó un nombre nuevo, el de un antiguo amigo suyo: «¿Y qué tal William E. Dodd?».

«No es mala idea», dijo Roosevelt, aunque si lo pensaba realmente en aquel momento o no es algo que no está nada claro. Siempre afable, Roosevelt era muy dado a prometer cosas que no se proponía cumplir necesariamente.

Roosevelt dijo: «Lo pensaré».

Dodd no era el típico candidato para un puesto diplomático, en absoluto. No era rico. No era influyente políticamente. No era amigo de Roosevelt. Pero hablaba alemán, y se decía que conocía bien el país. Un posible problema era su pasada lealtad a Woodrow Wilson, cuya creencia en la intervención en otras naciones en la escena mundial era un anatema para el creciente número de norteamericanos que insistían en que Estados Unidos evitase entrometerse en los asuntos de naciones extranjeras. Esos «aislacionistas», dirigidos por William Borah de Idaho y Hiram Johnson de California, se habían vuelto cada vez más vehementes y poderosos. Las encuestas demostraban que el 95 por ciento de los norteamericanos querían que Estados Unidos evitase la implicación en cualquier guerra extranjera.⁹ Aunque Roosevelt mismo abogaba por la intervención internacional, mantenía en secreto su opinión para no impedir el avance de su programa interno. Dodd, sin embargo, parecía muy poco probable que encendiera las pasiones aislacionistas. Era historiador, de temperamento sobrio, y su conocimiento de Alemania de primera mano tendría un valor obvio.

Además, Berlín no era todavía el destino exigente que sería al cabo de un año. Existía en aquel momento la amplia percepción de que el gobierno de Hitler no podía durar. El poder militar alemán era limitado. Su ejército, el Reichswehr, tenía sólo cien mil hombres, y no podía compararse a las fuerzas militares de la vecina Francia, y mucho menos a la potencia combinada de Francia, Inglaterra, Polonia y la Unión Soviética.

ca. Y el propio Hitler había empezado a parecer un actor más templado de lo que se podía predecir, dada la violencia que había sacudido Alemania aquel mismo año. El 10 de mayo de 1933, el Partido Nazi quemó libros no deseados (Einstein, Freud, los hermanos Mann y muchos otros) en grandes piras a lo largo de toda Alemania, pero siete días después, Hitler se declaró personalmente comprometido con la paz y llegó incluso a jurar que se desarmaría por completo si otros países le imitaban. El mundo suspiró, lleno de alivio. Comparado con los enormes desafíos a los que se enfrentaba Roosevelt (la depresión mundial, otro año de sequía catastrófica...) lo de Alemania parecía más un fastidio que otra cosa. El problema que Roosevelt y el secretario Hull consideraban más acuciante de Alemania eran los 1.200 millones de dólares que debía a los acreedores norteamericanos, una deuda que el régimen de Hitler parecía cada vez menos dispuesto a pagar.

Nadie parecía pensar demasiado en el tipo de personalidad que se requería para enfrentarse de una manera efectiva con el gobierno de Hitler. El secretario Roper pensaba que «Dodd sería astuto al enfrentarse a sus deberes diplomáticos y que, cuando las cosas se pusieran tensas, conseguiría darles la vuelta citando a Jefferson».¹⁰

Roosevelt se tomó en serio la sugerencia de Roper.

El tiempo se acababa, y había asuntos mucho más importantes que tratar, ya que la nación se estaba hundiendo más aún en la desesperación económica.

Al día siguiente, 8 de junio, Roosevelt ordenó que hicieran una llamada a larga distancia, a Chicago.

Fue breve. Le dijo a Dodd: «Quiero saber si podría hacerle al gobierno un servicio muy especial. Quiero que vaya a Alemania como embajador».¹¹

Y añadió: «Quiero a un liberal norteamericano en Alemania como ejemplo constante».

Hacía mucho calor en el Despacho Oval, mucho calor en el despacho de Dodd. La temperatura en Chicago era de más de treinta grados.

Dodd le dijo a Roosevelt que tenía que pensarlo y hablar con su mujer.

Roosevelt le dio dos horas.¹²

Primero Dodd habló con algunos funcionarios de la universidad, que le instaron a que aceptase. A continuación se fue a pie a su casa, rápidamente, mientras el calor se iba intensificando.

Tenía fuertes dudas. Su *Viejo Sur* era su prioridad. Servir como embajador en la Alemania de Hitler no le dejaría más tiempo para escribir que sus obligaciones en la universidad, sino probablemente mucho menos.

Su mujer, Mattie, lo entendía,¹³ pero sabía que él sentía una gran necesidad de reconocimiento, y tenía la sensación de que a aquellas alturas de su vida debía haber conseguido mucho más de lo que tenía. Dodd, a su vez, sentía que le debía algo a ella. Ella había permanecido a su lado todos aquellos años a cambio de lo que él percibía como una recompensa muy pequeña. «No hay ningún lugar adecuado para mi mentalidad»,¹⁴ le decía a ella en una carta aquel mismo año, desde la granja, «y lo lamento muchísimo por ti y por los chicos». La carta continuaba: «Sé que debe ser muy angustioso para una esposa tan leal y devota como tú tener a un marido tan inútil en un momento tan crítico de la historia, que él mismo había previsto hace tanto tiempo, un hombre incapaz de conseguir un puesto elevado, y por tanto de recibir alguna recompensa a una vida entera de estudio y fatigas. Ésa es tu desgracia».

Tras una breve e intensa discusión y un examen de conciencia marital, Dodd y su esposa acordaron que él debía aceptar la oferta de Roosevelt. Lo que hacía más fácil la decisión era la concesión de Roosevelt de que si la Universidad de Chicago «insistía», Dodd podía volver a Chicago al cabo de un año. Pero en aquel momento preciso, decía Roosevelt, él necesitaba a Dodd en Berlín.

A las dos y media, media hora tarde, con sus recelos temporalmente disipados, Dodd llamó a la Casa Blanca e informó al secretario de Roosevelt de que aceptaba el trabajo. Dos días más tarde Roosevelt presentó el nombramiento de Dodd al Se-

nado, que le confirmó aquel mismo día, sin requerir ni la presencia de Dodd ni las interminables sesiones que más tarde serían comunes para esos nombramientos clave. El nombramiento suscitó pocos comentarios en la prensa. El *New York Times* insertó un breve reportaje en la página 12 de su edición del domingo 11 de junio.

El secretario Hull, de camino a una importante conferencia económica en Londres, nunca dijo nada al respecto. Aunque hubiera estado presente cuando apareció por primera vez el nombre de Dodd, era poco probable que dijese algo después,¹⁵ porque una de las características que se iban imponiendo en el estilo de gobernar de Roosevelt era hacer nombramientos directos en los organismos sin implicar a sus superiores, un rasgo que molestaba infinitamente a Hull. Más tarde, sin embargo, afirmaría que no tenía objeción alguna al nombramiento de Dodd, excepto por lo que veía como una tendencia de Dodd «a traspasar los límites en su entusiasmo e impetuosidad excesivos,¹⁶ y a salirse por la tangente de vez en cuando como nuestro amigo William Jennings Bryan. De ahí que tuviera algunas reservas a la hora de enviar a un buen amigo, aunque era capaz e inteligente, a un lugar tan peliagudo como sabía que era Berlín, y como seguiría siendo».

Más tarde, Edward Flynn, uno de los candidatos que había rechazado el cargo, aseguraría falsamente que Roosevelt había telefoneado a Dodd por error, y que en realidad se proponía ofrecer el cargo de embajador a un antiguo profesor de derecho de Yale que se llamaba Walter F. Dodd. El rumor de tal error dio origen a un sobrenombre: «Dodd el de la agenda».¹⁷

A continuación, Dodd invitó a sus hijos ya adultos, Martha y Bill, prometiéndoles la experiencia de su vida. También veía en aquella aventura una oportunidad para unir a su familia por última vez. Su *Viejo Sur* era importante para él, pero la familia y el hogar eran su gran amor y necesidad. Una fría noche de diciembre, cuando Dodd estaba solo en su granja, ya cerca de Navidad, su hija y su mujer estaban en París, donde Martha pasaba un año de estudios, y Bill también estaba fuera, Dodd se

sentó a escribir una carta a su hija. Se sentía muy pesimista aquella noche. Le parecía imposible tener ya dos hijos tan mayores; sabía que pronto volarían por su cuenta, y su futura conexión con él y con su mujer se iría haciendo mucho más tenue, inevitablemente. Veía su propia vida ya casi agotada del todo, su *Viejo Sur* lejos de estar acabado.

Escribió: «Mi querida niña:¹⁸ no te ofendas por este término que uso. Eres para mí tan querida, tu felicidad a lo largo de esta vida turbulenta es tan cara para mi corazón que nunca dejo de pensar en ti como una niña optimista, que aún está creciendo, y sin embargo sé los años que tienes, y admiro tu inteligencia y tu madurez. Ya no tengo una niña». Luego reflexionaba sobre «los caminos que tenemos ante nosotros. El tuyo está apenas empezando, el mío tan avanzado que ya empiezo a contar las sombras que caen sobre mí, los amigos que ya han partido, otros amigos que no están muy seguros en su puesto... Es como unir mayo y casi diciembre». El hogar, decía, «ha sido la alegría de mi vida». Pero ahora todos estaban repartidos por los rincones más alejados del mundo. «No puedo soportar la idea de que nuestras vidas se separen en distintas direcciones... y que nos queden tan pocos años.»

Con la oferta de Roosevelt había surgido la oportunidad de volverlos a unir a todos de nuevo, aunque sólo fuera por un tiempo.